

ETICA, FILOSOFIA Y VIDA

Víctor Brenes

Nada más falso que la acusación generalizada de cerebralismo hecha a los filósofos: en el fondo de toda gran filosofía, es decir, de toda filosofía que no sea simple gimnasia mental o pedantería intelectual, palpita fuertemente una problemática ética, vale decir, humana. Por esta razón en ninguna disciplina filosófica, como en la ética, aparece más imperiosa la exigencia de sabiduría por sobre la de la ciencia.

El "verum" y "bonum", como categorías trascendentales del ser no ocupan, en la jerarquía ontológica, el mismo plano ni "simpliciter convertuntur", como suele ser común afirmar constituir este enunciado tesis fundamental de la metafísica escolástica. El "bonum" no es simplemente el ser ("ens") en cuanto objeto del apetito racional (voluntad). El "bonum", aunque objeto de la voluntad, también se define por sí mismo en un plano estrictamente ontológico, es decir, como ente perfecto. El ser objeto del apetito racional no es el factor que lo constituye como tal sino precisamente el fundamento ontológico de su "ser apetecible". La clásica definición aristotélica de que "bueno es aquello que todos apetecen" ("id quod omnes appetunt") ha inducido a graves equívocos. La apetibilidad del bien no es el constitutivo formal de su ser, sino, por el contrario, el efecto de la misma. Creemos, pues, que no se define suficientemente bien el concepto de "bonum" en esta línea de lo volitivo por cuya razón hemos de buscar esta definición en el plano estrictamente ontológico, es decir, partiendo del "verum". El "bonum" representa al "verum" pero en la línea de su totalidad. Si el "verum" es el "ens", el "bonum" es la plenitud del "ens". Por este motivo el "bonum" no es el mismo "verum" con la sola diferencia de ser objeto no de la inteligencia sino del apetito racional (voluntad). No sería, pues, cierto que "verum et bonum convertuntur" como categorías trascendentales del ser, según la forma en que comúnmente se suele entender la conocida tesis de metafísica escolástica.

Para nosotros esta diferencia esencial entre una y otra categoría trascendental del ser funda la distinción y, al mismo tiempo, la subordinación de la Filosofía (en su aspecto especulativo) a la Etica (en su concepto vital). En efecto, el orden de lo verdadero ("verum") tiene por objeto el de la inteligencia, mientras que el de lo bueno ("bonum"), el de la voluntad. La primera es facultad de conocer, la segunda, de hacer, vale decir, de VIVIR. La inteligencia aparece, pues, como una *función* vital, es decir, como un medio, no como un fin. En otros términos, no se define por sí misma sino por el fin al cual se ordena: la vida. Si la ciencia y la filosofía (y, con ellas, todo el saber especulativo humano) no fueran capaces de ordenarse en una u otra forma al bien concreto del hombre, carecerían, para nosotros, de sentido, y no podrían justificarse. Admitimos el valor en sí mismo de la vida intelectual, mas no por lo que tiene de intelectual sino por lo que tiene de *vida*, es decir, de realización concreta, existencial (ser y no pensar) de valores humanos. Ahora bien: en nuestra posición personal, es la Etica quien representa estos valores existenciales (vivir) por sobre los del pensamiento (pensar). La Etica es a la Filosofía lo que la vida al pensamiento, el "bonum" al "verum", el ser al conocer. La Filosofía representa la plenitud de la *visión* intelectual ("Weltanschauung") del hom-

bre: la Etica representa la plenitud (existencial) de aquella plenitud. La Filosofía es exigencia de conocer. La Etica, exigencia de ser. Por eso la Filosofía es a la Etica como el pensamiento a la vida, la razón a la voluntad, el "verum" al "bonum". En este sentido toda la labor filosófica no viene a ser otra cosa más que una propeudeítica a la especulación ética, y ésta una preparación a la vida plena. Toda moral es, en último análisis, la búsqueda de una jerarquía de valores existenciales (ser y no sólo conocer) y por ello no hay ciencia menos impersonal que la ética. La Etica es exigencia no sólo de verdad conocida sino de verdad hecha y, por ende, querida ("volita"). Por eso la ética así entendida es plenitud existencial de plenitud conceptual (filosofía). La Etica vendría a ser la "*scientia actionis secundum plenitudinem entis, seu bonum*". La Filosofía (y, con ella, todo saber especulativo) queda subordinada a la Etica como el pensamiento a la vida, la función al fin, el ser a la plenitud del ser, el conocer al amar. Esta jerarquía de valores aparecerá más clara considerando los siguientes apartados: 1) *ontológico*. El "verum" representa al ser ("ens") en cuanto objeto de la inteligencia, en cuanto conocido. El "bonum" representa la plenitud de ese "verum". Plenitud en el mismo orden del ser, antes de ser objeto del apetito racional (voluntad). Bueno es el ser ("verum") y, a fortiori, la plenitud del ser ("bonum"). Si el "verum" (en cuanto objeto de la inteligencia) se define por "id quod est", el "bonum" se define por "id quod perfectum" ("per"=enteramente; "factum"=hecho) est". Es pues manifiesta la superioridad ontológica del "bonum" con respecto al "verum".

2) *psicológico*. Esta superioridad del bien por sobre lo verdadero pónese también de manifiesto en el análisis de los actos correspondientes a las diversas facultades que tienen uno y otro por objeto (inteligencia y voluntad). En primer lugar, por razón de la forma en que se sitúa el sujeto en uno y otro acto: pasivo en el primero (conocimiento) y activo en el segundo (amor). En el acto del conocimiento el sujeto es fundamentalmente pasivo: se conoce por impresión (unión intencional) del objeto en el sujeto. Por el contrario, en el acto volitivo, el sujeto *tiende hacia* su objeto, es esencialmente activo. En segundo lugar, en el acto del conocimiento el sujeto asimila no real sino intencionalmente el objeto conocido, mientras que en el volitivo el sujeto tiende hacia el objeto para asimilarlo realmente. En otros términos: la riqueza ontológica del querer (asimilación real del objeto querido) es evidentemente superior a la del conocer (asimilación intelectual). La inteligencia es exigencia de conocer lo que el ser (objeto) es. La voluntad es exigencia de ser lo que aquel objeto es.

3) *antropológico*. El "verum" es perfección del hombre en cuanto a su ser intelectual, puesto que la verdad es bien natural del intelecto. El "bonum", en cambio, es perfecto del hombre no sólo en cuanto a una parte de su ser, —razón— sino en cuanto a su ser íntegro: pensar y actuar; conocer y realizar.

Queda así establecido el primado del "bonum" por sobre el "verum"; el de la vida por sobre el pensamiento; el de la voluntad por sobre la inteligencia. El pensamiento aparece como función vital: su razón de ser, su único y posible justificativo no es el conocer ("verum") sino el ser ("bonum"). Y la Etica así entendida ("ciencia de la acción según la plenitud del ser, es decir, según el bien=exigencia de ser y no solamente de conocer lo que es") es lo que le da fundamento. La Etica es exigencia de ser y de plenitud de ser. La Filosofía encuentra su único y posible justificativo en la Etica y ésta en la vida, vale decir, en la vida plena. Se piensa para vivir, no se vive para pensar. El pensamiento es función vital: la vida no es función racional, vale decir, cerebral.

* *

*

No creemos engañarnos al afirmar que este carácter fundamentalmente ético-existencial de la filosofía nos es confirmado por la historia de la misma. Ya en los presocráticos la sabiduría (y con ella la vida intelectual), presentada como privilegio realmente excepcional, —Cfr. *Panegírico de la Sabiduría* Poema de Jenófanes I, 11)— es concebida como bien supremo en cuanto forma perfectiva del sujeto. No es pues la búsqueda del pensamiento por el pensamiento lo que impulsa al “philosophos” sino la plenitud *vital* a la que nos conduce (función vital) ese pensamiento, en cuanto revelador y, por ende, introductor al mundo de los auténticos valores. Sócrates se propone como objeto de su quehacer filosófico el conocimiento y la realización de la virtud. Aquí la actitud del pensamiento “aséptico” —ciencia por oposición a sabiduría— está representada por la sofística. En Platón “toda su filosofía tiene un profundo sentido moral, hasta el punto que podemos considerarlo ante todo y sobre todo como un moralista. La filosofía para Platón no consiste en una especulación pura y desinteresada, ni en un simple deporte intelectual, sino que es una empresa en que entra en juego el destino final del hombre. No hay filosofía sin virtud ni virtud sin filosofía...” Por eso... la filosofía adquiere un profundo sentido moral y su fin coincide totalmente con el de la virtud” (*Historia de la Filosofía*, G. Fraile, tomo I, # 117, BAC). Aristóteles pone como fin de la sabiduría la felicidad (“eudaimonía”) haciéndola consistir en “la *actividad* del alma según su virtud (potencia) más *acabada* (“teleiotátēn”), a lo cual añade: “en una vida también enteramente realizada”. El aparente racionalismo aristotélico en último análisis queda así reducido a una forma de vida plena: “la felicidad es una *vida* feliz y una *acción* feliz” (*Et. Nic.*, 1098). El caso de Descartes preséntase —tal vez— como una excepción a esta regla: el hombre que encuentra el sentido de su existencia y la total felicidad de la misma en el conocimiento como tal. Con todo ello no queda, sin embargo, excluida la temática ética ni su primado fundamental en la filosofía, comparada por el autor con un árbol cuyas raíces son la metafísica; la física, el tronco, y la moral, las ramas y los frutos. En Kant la antítesis entre razón y voluntad (pensamiento y vida) está netamente representada por la razón pura, que excluye al hombre del orden de los valores concretos en cuanto condiciones o fines de su actividad ética (alma, libertad, Dios) y por la razón práctica que sí lo eleva a ellos.

“Tomad a Kant —dice Unamuno— al hombre Manuel Kant... hombre de corazón y de cabeza... que reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido... y es que sabemos que el hombre Kant... era un hombre muy preocupado del único problema, del que más a las entrañas nos llega: de la inmortalidad del alma (*Del sentimiento trágico de la vida*, I). En cuanto a Nietzsche, toda su filosofía no es otra cosa que un llamado casi sin parangón en la historia de la filosofía a la autenticidad existencial del hombre. De ahí sus ataques a la “moral de esclavos” en cuanto opuesta a la plenitud de la vida. De Marx es la sentencia de que no quiere (como los filósofos, —dice— en lo cual se equivoca) interpretar sino transformar el mundo.

Spencer, urgido por el temor de la muerte o bien de la enfermedad, altera el orden en que venía publicando su “*Sistema de filosofía sintética*” para anteponer los “*Principios de Moral*” (“*The data of Ethics*”) afirmando que esta última parte de su empresa es “aquella con respecto a la que, todas las anteriores no son más que una preparación”, puesto que la última finalidad que se había propuesto en todas sus investigaciones “ha sido siempre la de descubrir una base científica para los principios de bien y de mal en la conducta en general” (“*Data of Ethics*”, introduc). Vasconcelos exige que “el filósofo retorne al concepto que de él se tenía en la antigüedad”. “A saber, la creencia de que el filósofo es un guía de almas” mientras que “la idea de que la filosofía ha de ocuparse tan sólo de con-

ceptos, colocando *la realidad* al margen de la especulación filosófica, es idea que va perdiendo adeptos aun dentro del mundo filosófico". "Se desecha de esta suerte —dice— la posición historicista para reemplazarla por otra que, lejos de fundarse en la historia que es pasado, colabora a *construir* el presente y por lo mismo a determinar la historia, es decir, a *crearla* bien subordinada a los principios eternos del pensar y a las leyes sobrenaturales *de la ética*". "Hace falta —concluye diciendo— que hable la filosofía, determinando las orientaciones más firmes que en nombre de la ciencia social pueden darse a los problemas de gobierno, así como el consejo del filosofar contemporáneo en materia de conducta y de conciencia" ("El Congreso de Mendoza", en "Temas contemporáneos", México, 1955).

En cuanto a Unamuno, el primado de la problemática ética es tan evidente que apenas requiere exposición. Dominado por el problema de nuestra existencia más allá de la muerte, todo el unamunismo es radicalmente ética. Aun más: "... nuestras doctrinas éticas y filosóficas en general no suelen ser sino la justificación a posteriori de nuestra conducta, de nuestros actos. Nuestras doctrinas suelen ser el medio que buscamos para explicar y justificar a los demás y a nosotros mismos nuestro propio modo de obrar" ("*Del sentimiento trágico de la vida*", 11). En cuanto a Ortega son bien conocidos sus profundos y sugestivos análisis del fenómeno histórico-vital, cuyo sujeto es el hombre enfrentado al mundo y a su propio ser como a múltiple posibilidad. Análisis estos preñados de auténtica metafísica, evidencia esta no percibida por algunos escolásticos en los cuales la letra ha matado el espíritu. En análoga temática abunda Alexis Carrel. El fracaso del mundo contemporáneo se deriva del hecho de haber edificado una civilización basada en conceptos apriorísticos que están muy lejos de transcribirnos la realidad vital del fenómeno humano. La ciencia es ante todo y sobre todo, exigencia de construcción humana, en tal forma que toda labor suya puramente especulativa o está ordenada a este fin o no encuentra en sí mismo justificación. "La meta de la ciencia debe ser *el hombre*, creador de esta ciencia" ("*Día tras día*", 1932, 12 de marzo). "La inteligencia no es más que una parte de la conciencia. Cierta faceta de nuestro ser". "Ejercitar solamente nuestra inteligencia es peligroso". "Necesidad de desarrollar todas nuestras actividades" (ib. 30 abril). "Es necesario que los hombres mediten sobre el hombre" (ib. 9 dic.) Entre los factores causantes de la "bancarrotta de nuestra civilización" enumera el "divorcio de la inteligencia y de la moralidad" así como el de la inteligencia y de la vida" (ib. 1939, 28 agosto). Para el autor, la conducta moral rectamente entendida (derivada de un auténtico conocimiento de las leyes de la vida) es la condición sin la cual el hombre no podrá sobrevivir. En pocos autores, como en este científico-filósofo encontramos un llamamiento tan urgente como imperioso a descubrir y a cumplir pie a pie las leyes de la vida, abandonando conceptualismos artificiales que han demostrado la radical y funesta esterilidad de un pensamiento divorciado de la vida (=ética en el sentido que hemos venido exponiendo) y erigido en árbitro, fin y señor de sí mismo. Y, para terminar ¿será necesario demostrar el carácter ético-vital del existencialismo contemporáneo con su poderosa llamada, con base en la fenomenología, hacia el orden concreto de los valores existenciales? Exigencia de ser concreto, de autenticidad personal, de vida plena. Gracias al existencialismo la filosofía vuelve a su ser de quehacer vital, de forma de vivir y no sólo de pensar. La vuelta al "ser real" es un volver nuevamente a la filosofía como ética, es decir, a la filosofía que busca la verdad como perfectiva del hombre no sólo en el orden del conocimiento sino también y ante todo, en el del ser. Los extremos se tocan. La filosofía contemporánea abandona el cerebralismo conceptualista para redescubrirse su auténtico ser platónico en la ética, es decir, en la filosofía-vida. En esa filosofía por la que murió Sócrates y quemó sus versos Platón. Filosofía para la cual la verdad es un valor y exigencia existencial, objeto

de amor y prosecución, y no sólo de conocimiento y frío análisis conceptual. Así la vivieron Sócrates y Platón, Séneca y Agustín, Spencer y Ortega, Nietzsche y Carrel, Kierkegaard y Unamuno. Así la vive Gabriel Marcel y viviría Sartre si en algún valor creyera. Filosofía que, al decir de Platón, es "meditatio mortis" porque, añadimos nosotros, es "exigentia vitae".